



Alerta oncológica en Aysén

La alerta sanitaria oncológica decretada por el Gobierno busca enfrentar una realidad crítica: miles de personas en Chile siguen esperando diagnóstico o tratamiento para el cáncer. En Aysén, aunque la cifra bordea el centenar de pacientes, el problema adquiere otra dimensión. Aquí, el tiempo de espera no es el único obstáculo: también lo es la distancia.

La medida apunta a destrabar listas, priorizar exámenes y acelerar derivaciones. En lo inmediato, puede significar un alivio concreto para quienes hoy están en pausa. Pero en la región, esa urgencia choca con una limitación estructural: la mayoría de los tratamientos sigue realizándose fuera del territorio.

Ese es el punto que no se puede eludir. Porque reducir la espera sin resolver dónde se atienden los pacientes mantiene intacto el problema de fondo. En Aysén, enfermarse de cáncer muchas veces implica salir de la región, dejar redes familiares y asumir costos que van más allá de lo médico.

La alerta sanitaria, en ese sentido, no solo pone presión sobre el sistema; también deja en evidencia una brecha histórica. La falta de un centro oncológico con mayor capacidad resolutive obliga a que la respuesta siga dependiendo de otras regiones. Y eso, en términos concretos, se traduce en desigualdad.

Pero también hay una oportunidad. Si la medida logra visibilizar con más fuerza esta realidad, puede transformarse en un punto de inflexión. No basta con gestionar mejor la demanda: es necesario fortalecer la oferta local.

Eso implica avanzar en varias líneas. Aumentar la presencia de especialistas con formación oncológica, mejorar el equipamiento, y consolidar una red que permita abordar al menos parte de los tratamientos en la región. No todo se puede resolver en Aysén, pero sí es posible reducir la dependencia actual.

La discusión, entonces, no es solo sanitaria, es territorial. ¿Hasta qué punto el acceso a la salud sigue condicionado por el lugar donde se vive?

La alerta oncológica puede ser un primer paso relevante. Pero su impacto real en Aysén dependerá de si logra ir más allá de la urgencia y empujar cambios estructurales. De lo contrario, el riesgo es conocido: mejorar los tiempos sin cambiar la experiencia de los pacientes.

En una enfermedad como el cáncer, esa diferencia pesa. Porque no se trata solo de llegar a tiempo, sino de cómo se enfrenta el proceso.

Y hoy, en la región, ese proceso sigue marcado por la distancia.